

NUESTRA DIVISION HISTORICA.

Individualidad y supraindividualidad son momentos correlativos, cuyo aislamiento invalidaría su realidad. Porque el individuo aislado es una mera abstracción, dado que éste existe en tanto en cuanto existe una supraindividualidad que lo posibilite; como un dedo existe solamente en tanto en cuanto existe un cuerpo. Y viceversa: toda supraindividualidad supone individualidades, so pena de convertirse en algo "como sí". Señalada la diferencia nos referiremos a la supraindividualidad, conservando el integralismo de la actitud.

Permanencia, alteración, cambio.—Precisado lo anterior para aislar al sujeto que nos interesa) enunciaremos algunos conceptos que nos permitan adentrar luego en la intimidad de lo supraindividual.

1) Permanencia—estática y permanencia—dinámica son dos conceptos que expresan un distinto contenido de conocimiento. Porque en lo permanente—estático divisamos la oculta presencia de un paralogsimo; mientras en lo permanente—dinámico dicho paralogsimo aparece como superado mediante la actitud crítica.

Desde el punto de vista dinámico, permanencia y alteración se presentan en simultaneidad, porque sólo lo permanente se altera, lo que "cambia" no es permanente, dado que, entonces, algo acaba y algo empieza. Así: se "altera" el hombre durante sus diversas edades, "cambia" cuando muere, porque morir supone término—en lo que sabemos.

Ahora bien: si fijamos nuestra atención sobre la supraindividualidad "Perú", divisamos con apodéctica certeza que los acontecimientos históricos acaecidos han pertenecido, siempre, al Perú; que siempre han sido en él y no en otro; siendo las diversas etapas alteraciones de algo permanente (Perú) y no cambios, porque nuestra supraindividualidad en el tiempo y en el espacio "es". De tal manera que podemos concluir diciendo: que la supraindividualidad Perú se nos presenta esencialmente (y con legitimidad histó-

rica) como permanente-alterable; “es” a través del espacio y del tiempo. Más, lo hasta aquí manifestado se presenta aún como insuficiente.

El problema.—Un previo contacto histórico con la integridad supraindividual Perú (por nuestra limitación congénita y por la actitud crítica acompañante) exige referencia sobre algo concomitante: el tiempo. Este se nos aparece: o como presente o como pasado o como futuro.

La cantera de toda historia científica es el pasado (enfocado en presente por la conciencia humana), pasado que para la Historia tiene una específica significación. Porque no se trata del pasado inmediatamente próximo, del pasado en mención vulgar, nó; se trata de un pasado a distancia y con perfil; un pasado trans-subjetivo, pues la subjetividad, para el acontecimiento histórico, es nube que impide la clara visión de lo acaecido (por causas múltiples y re-sabidas). Este pasado a que nos referimos o “pasado histórico” se nos presenta como “necesario”; lo presente como “real” que se convertirá en necesario; lo futuro como “posible” que se convertirá en real, y de real en necesario. El fundamento de tal necesidad presenta como apoyo el axioma histórico (de validez necesaria y universal) que dice: en el pasado, el acontecimiento histórico fué como fué. Por tanto, así como para ver nuestra capital precísase subir a la cumbre del buen San Cristóbal, así para divisar “nuestra historia” es preciso tomar lejanía y altura. Tal posición exige la indisoluble relación entre un todo preñado de acontecimientos, y unos acontecimientos pululando en el interior de un todo.

Obtenido el contacto con la integridad histórica, es necesario, a continuación, penetrar, explorarlo, poner luz en la totalidad de sus compartimientos. Es en dicho momento cuando surge, con especial importancia, el aspecto de la *división*. Mediante ésta, lo que era contacto global-periférico tiende a convertirse en más profundo. De donde se sigue, que al término del recorrido la nueva visión integral Perú tendrá una igual apariencia nominal, a la vez que un distinto contenido. Se ha producido el paso de lo sintético—previo (Perú) a lo sintético—pleno (Perú) a través de un metódico momento analítico. La división encarna, pues, un rol de “cicerone” cognoscitivo.

Volviendo a la historia del Perú, un primer contacto nos da la certeza de que existe algo permanente, en cuyo seno divisamos la presencia de alteraciones. Lo permanente consiste en que se trata siempre del Perú; lo alterable, en las fluctuaciones, en las diversas refracciones de la pulida superficie. Apoyados pues, en un fondo dinámicamente constante, consideraremos de preferencia lo alterable, siendo lo permanente—alterable aquello que nos permite consi-

derarlo (analíticamente) sin peligro de coacción. En suma: nuestro viaje señala una marcha de lo permanente—alterable—previo a lo permanente—alterable—pleno, usando de intermediario el puente analítico de la división, instrumento que garantiza de su legítima integridad, puesto que para dividir es necesario partir de un “todo”, contrariamente a la “clasificación” que se encamina por opuesta dirección. Por lo demás, en tal faena dejaremos, siempre, la palabra última al contenido, es decir en vista de éste adecuaremos los lineamientos y no al contrario.

Ahora bien: si nos ponemos en contacto con la integridad histórica Perú, de inmediato podremos distinguir dos aspectos netamente diferenciales. A estos aspectos los denominamos “períodos”, porque en ellos se comprende la duración de un proceso en su totalidad.

La historia del Perú descubre dos períodos: 1), Período Autóctono, 2), Período de Influencia Hispana. Soslayando interpretaciones queremos simplemente mostrarlos, porque ellos están “ahí”, prestos a la verificación.

La nota predominante en el período autóctono es un “purismo”; la del período siguiente, su “mestizaje”. En el fondo de ambas alteraciones (en este caso períodos) encontramos como soporte al “Perú”. (Recordemos que nos encontramos en el estadio intermedio—analítico—entre lo sintético—previo y lo sintético—pleno).

Acertando las distancias, escudriñando en el período, logramos descubrir aspectos aún no divisados, como sucede con los objetos que parecen simples a la lejanía y, que, cercanos, muestran una insospechada complejidad. Distinguímos en el interior del período “épocas” o lapsos, dueños de un aspecto individual propio, definido, de perfil inconfundible.

En la historia del Perú se presentan las épocas siguientes: 1), época Pre-Inkaica, 2), época Inkaica, (Período Autóctono), 3), época del Virreynato, 4), época de la República (Período de la Influencia Hispana). Cada una de ellas señala la realización de algo logrado; en donde el límite se muestra como término “natural”.

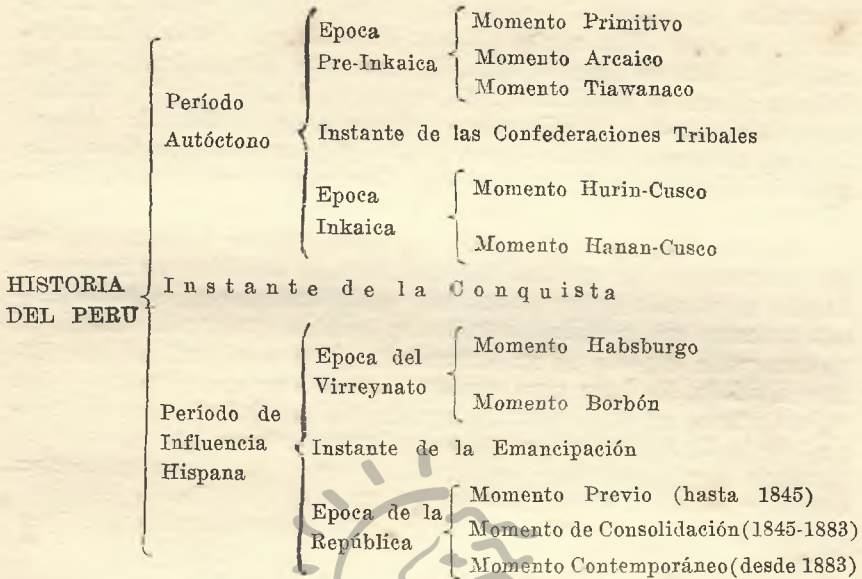
Si proseguimos nuestro escudriñamiento analítico, para una posterior visión sintética corregida, encontraremos que el Período y la Época deben ser completamentados, aún, por otra realidad que súbitamente aparece ante nuestra lente: el momento. Este se presenta como algo dueño de una individualidad de claros perfiles, a la vez que poseedor de una esencial pretensión de continuidad, de cosa que siendo quien es, necesita sin embargo de una externa complementación. En las épocas de la historia peruana se nos presenta los

momentos siguientes: 1), momento Primitivo, 2), momento Arcaico, 3), momento Tiawanaco (Epoca Pre-Inkaica: Período Autóctono), 4), momento Hurin-Cusco, 5), momento Hanan-Cusco (Epoca Inkaica: Período Autóctono), 6), momento Habsburgo, 7), momento Borbón (Epoca del Virreynato: Período de Influencia Hispana), 8), momento Previo—hasta 1845— 9), momento de Consolidación—1845—1883— 10), momento Contemporáneo—desde 1883— (Epoca de la República: Período de Influencia Hispana).

En conclusión: distinguimos períodos, épocas y momentos como componentes de nuestra historia. Pero, la división que hemos señalado en el todo denominado Perú (históricamente considerado) nos muestra era realidad petrificada, estática, separada, dueña de un innegable aspecto de artificiosidad; ajena a la realidad que hemos dividido. Se hace pues necesario considerar en la trama a un sujeto nuevo, capaz de aportar aquella tónica dinámica que es esencial de la Historia. Sólo entonces podremos colmar la “eterna” separación a que parecían condenados nuestro vanidosos momentos, épocas y períodos. Este sujeto nuevo, savia que vitaliza la totalidad, metódicamente seccionada, responde a la denominación de: instante.

El uso popular ha deslustrado bastante su cabal sentido; subrepticamente tiene adquiridas falsas tonalidades, no llegadas—felizmente—hasta el concepto transnominal que expresa. Lo legítimo es que con la palabra “instante” se ha querido significar: algo que no es por sí sino por otro; aquello que transcurre fugaz, porque encarna esencialmente transitoriedad; que es para... Mientras el “momento” es cosa ligera, necesitada de algo externo que la complemente; el “instante” es sencillamente “puente”, articulación. La importancia histórica del “instante” es mayor de la que a simple vista pueda parecer. Sino existiera el “instante” las partes mencionadas con anterioridad vivirían constantemente separadas, imposibilitadas de rearticularse en el todo supraindividual de donde fueron metódicamente separadas. El “instante” pues, permite volver a divisar la integridad de la Historia—y de nuestra Historia.

En la supraindividualidad Perú se distinguen los “instantes” siguientes: 1), instante de las Confederaciones Tribales (entre la Epoca Pre-Inkaica y la Epoca Inkaica), 2) instante de la Conquista (entre el Período Autóctono y el Período de Influencia Hispana), 3) instante de la Emancipación (entre la Epoca del Virreynato y la Epoca de la República).



Esta división (sujeta a todas las rectificaciones) tiene sentido solamente en función de la integridad supraindividual "Perú", cuya objetividad se presenta como "necesaria" en el pasado—para la ciencia histórica—. Ahora bien: como la Historia crece en función del tiempo, esta ciencia de lo singular—avalorativo (Historia) va modificando lentamente su perfil; estando, por consiguiente, tal intento de sistemática supraindividual, sujeto a las modificaciones específicamente históricas pertinentes. De donde se sigue, que el esquema actual compartirá la ruta de la supraindividualidad "Perú", como totalidad permanente—alterable, por los senderos del espacio y del tiempo.

CARLOS D. VALCÁRCEL.